

Los dos jóvenes bajaron á la caballeriza: Adam escogió los dos mejores caballos, cada cual ensilló el suyo, le echó la brida y montó en él.

— ¿Dónde encontraremos otros cuando éstos revienten? dijo Leclerc, porque según el paso que vamos á llevar, solo podrán resistir la tercera parte del camino.

— Me daré á conocer á las postas borgoñonas que encontremos, y me proporcionarán todos los que necesite.

— ¡Bien!

Clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos, abandonaron las bridas y partieron como el viento.

El que al resplandor de las chispas que hacían saltar en su carrera, los hubiese visto en la obscuridad de aquella negra noche deslizarse lado por lado caballos y jinetes devorando el espacio, y crines y cabellos azotando el aire, habría contado por espacio de luengos años que había asistido al viaje de un nuevo Fausto ó de otro Mefistófeles, que montados en fantásticos corceles, iban á alguna reunión infernal.

XX.

Noche de sangre.

No podía haber escogido Perrinet Leclerc mejor ocasión para poner en ejecución el proyecto que había concebido de entregar á París: la exasperación de los habitantes había llagado á su colmo, y todos acusaban al condestable, que cada día era más rígido y cruel con ellos, de desgracias que eran hijas de las circunstancias. Sus hombres de armas atropellaban á los ciudadanos, sin que él les hiciese justicia de aquellos malos tratamientos; desde que el general se vió obligado á levantar el sitio de Senlis, su furor subió de punto con motivo de la derrota. Nadie podía salir de la ciudad; y si alguno lo verificaba por casualidad, á pesar de las órdenes dadas, podía contar con ser robado y maltratado si era descubierto por los soldados; si iba después á quejarse al condestable ó al preboste, le contestaban: Bien hecho está; ¿qué ibáis á

hacer allí? ó bien: No os quejaríais así si fuesen vuestros amigos los borgoñones, y otras cosas por este tenor.

El *Diario de Paris* cuenta que hasta los mismos empleados de la casa real se lamentaban de aquellas vejaciones. Unos cuantos salieron á buscar arbustos al bosque de Boloña para celebrar el 1.º de Mayo, y habiendo sido apercidos por los hombres de armas que guardaban Ville-l'Evêque, y que estaban al servicio del condestable, mataron uno de ellos é hirieron á otros muchos.

Pero no era solamente esto: como había necesidad absoluta de dinero, resolvió el condestable procurárselo por todos los medios posibles. Mandó echar mano de las alhajas de las iglesias y hasta de los vasos sagrados de San Dionisio. Los campos, devastados, no producían ninguna clase de víveres. Obligaban á trabajar á los pobres jornaleros en las fortificaciones y máquinas de guerra y no les pagaban, apaleándolos y llamándolos además canallas, si tenían la imprudencia de reclamar su jornal.

Estas tropelías, que traían todas su origen del conde de Armañac, motivaban corrillos y reuniones por las calles durante la noche. Circulaban en ellos los rumores más absurdos y eran acogidos con gritos de odio y venganza; de vez en cuando apr-

recía alguna partida de hombres de armas por el extremo de la calle ocupando toda su anchura y deshacía aquellos grupos arrojándose hacia ellos á galope con espada en mano y matando y haciendo pedazos á cuantos se les ponían por delante. Esto no obstante, volvían á aparecer en otra parte los grupos que las gentes del condestable habían diseminado.

Hacia la oración de la tarde del 28 de Mayo de 1418, un inmenso gentío ocupaba la plaza de la Sorbonne. Veíanse allí mezclados y confundidos estudiantes armados de palos, carniceros con el cuchillo al lado, trabajadores con los instrumentos que les servían en su profesión, y que en caso necesario y en manos de hombres tan exasperados, podían mirarse como armas mortíferas. También las mujeres desempeñaban allí un papel importante y que no estaba exento de peligros; porque los hombres de armas descargaban indistintamente sobre hombres, mujeres, niños y viejos, ora se defendiesen ó no, ora viniesen como enemigos ó como curiosos, y asentaban de este modo los principios de un arte cuyas tradiciones han sabido encontrar perfectamente los gobiernos actualés.

— Sabéis, maese Lambert, decía una vieja, procurando sostenerse sobre una pierna que tenía

más larga que la otra, para alcanzar al codo del hombre á quien se dirigía, ¿ sabéis por qué han sacado á viva fuerza el lienzo de las tiendas de todos los mercaderes ? Decid : ¿ lo sabéis ?

— Me figuro, madre Juana, contestó el hombre, que era un estañero muy conocido por no haber dejado escapar jarana sin hallarse en ella, que será para construir tiendas y pabellones para el ejército, como dice el maldito condestable.

— Pues justamente os engañáis : es para meter en sacos á todas las mujeres y arrojarlas al río.

— ¡ Bah ! dijo Lambert, mucho menos indignado que su interlocutora de aquella medida arbitraria ; ¡ de veras !

— Lo mismo que lo oís.

— Vaya, vaya, si no fuera más que eso, exclamó otro hombre que estaba allí al lado.

— ¡ Calla ! ¿ pues qué más ? ¿ os parece poco, maese Bourdichón ? repuso nuestra buena madre Juana.

— No es á las mujeres á quien temen los armañacs, sino á las reuniones de hombres ; por lo cual, todo el que forme parte de tales asociaciones, puede estar seguro de que será degollado si le pillan. Pero los que de antemano hubiesen prestado juramento de vender antes París á los ingleses que

entregárselo á los borgoñones, quedarán sanos y salvos.

— ¡ Y en qué los conocerán ? interrumpió precipitadamente el estañero, como quien da á aquella noticia una gran importancia.

— En una medalla de plomo que tiene grabada en un lado la cruz encarnada y en el otro el leopardo de Inglaterra.

— Yo, dijo un estudiante subiéndose á un guardacantón, he visto un estandarte con las armas del rey Enrique V de Inglaterra ; ha sido bordado en el colegio de Navarra, y está formado todo él de armañacs : los maestros son los que están encargados de plantarle en las puertas de la ciudad.

— ¡ Pues á ellos ! ¡ saquear el colegio ! gritaron varias voces, que felizmente se confundieron unas con otras.

— Á mí, dijo un jornalero, me han hecho trabajar veinticinco días en una gran máquina de guerra, que ellos llaman *arete* : y cuando he ido á pedir el dinero que se me debía al preboste, me ha contestado : Villano, ¿ no tienes un sueldo para comprar cordel con que ahorcarte ?

— ¡ Muera ! ¡ Muera el preboste y el condestable ! ¡ Vivan los borgoñes !

Estos gritos hallaron más eco que los anteriores,

y no hubo boca que no los repitiese al instante.

Viéronse brillar precisamente en aquel momento y en el extremo de la calle las lanzas de una compañía franca, compuesta de genoveses, que se habían alistado al servicio del condestable.

Entonces dió principio una escena de que ya hemos hablado, y que no necesitamos describir, porque estamos seguros que no hay uno que no tenga idea cabal de todas las de su especie. Hombres, mujeres y niños echaron á correr dando horribles gritos. La tropa se desplegó en todo lo ancho de la calle; y á la manera que el huracán lleva por delante las hojas en el otoño, fué llevándose delante de sí aquel torbellino de criaturas humanas, hiriendo á las unas con la punta de sus lanzas, estropeando á las otras entre los pies de los caballos, limpiando cada recodo y desocupando cada puerta, con aquel encarnizamiento é inhumanidad que tan bien sabe emplear la gente de guerra cuando se trata de habérselas con paisanos.

Al punto que apareció la tropa, todo el mundo, como llevamos dicho, echó á correr, á excepción de un joven cubierto de polvo, que hacía algunos minutos tan solo se había metido entre el gentío: contentóse con volver el cuerpo hacia la puerta contra la que estaba apoyado, y encajando la punta

de su puñal entre el pestillo de la cerradura y la pared, le hizo obrar como una palanca; cedió entonces la puerta, introdujose en el portal, y volvió á cerrarla apenas estuvo dentro. Allí aguardó á que cesaran las corridas; y cuando el ruido de los caballos, que se alejaba poco á poco, le hubo dado á entender que había pasado el peligro, abrió de nuevo la puerta, sacó la cabeza hacia la plaza, y viendo que no había en ella más ser viviente que algunos moribundos que agonizaban, emprendió con mucha calma la calle de Franciscanos, bajó por ella hasta la muralla de San Germán, y deteniéndose delante de una casita contigua á aquella, dió vuelta á un resorte que estaba oculto, y le facilitó la entrada.

— ¡ Ah ! eres tú, Perrinet, dijo un anciano.

— Sí, padre mío, vengo á pedirte de cenar.

— Bien venido seas, hijo.

— Pero no es eso solo. Sabed que hay una grande asonada, y que anda por las calles de París el populacho alborotado. Vengo también á dormir aquí.

— Bien está, contestó el anciano; ya sabes que siempre tienes dispuesto tu cuarto, y que así en la mesa como en el hogar, siempre te se reserva un

asiento. ¿ Me has oído quejarme alguna vez de que tengas muy á menudo ?

— No, padre mío, contestó el joven sentándose en una silla y apoyando la cabeza en ambas manos. Sé cuánto me amáis y cuánto os debo.

— Como que no tengo más hijo que tú, y jamás me has dado una pesadumbre.

— Padre, exclamó Perrinet levantándose, me siento desazonado ; dadme vuestro permiso para retirarme á mi cuarto, porque no podré acompañaros á cenar.

— Anda pues, hijo mío, eres libre y estás en tu casa.

Perrinet abrió una puertecita que arrastraba tras sí las primeras gradas de una escalera, cuya continuación había sido practicada en el espesor del muro, y empezó á subir paso á paso aquella especie de escala, sin volver la cabeza ni mirar á su padre.

— Este muchacho anda triste hace algunos días, dijo suspirando el anciano Leclerc.

Y se sentó solo á la mesa, frente al otro cubierto que estaba allí puesto para el joven.

Durante algún tiempo oyó por cima de su cabeza el ruido de los pasos de su hijo ; á breve rato quedó en silencio y juzgó que se habría dormido : susurró algunas oraciones, y encaminándose hacia su

cuarto se metió en la cama, no sin haber tomado de antemano la precaución, como tenía de costumbre, de colocar debajo de la almohada las llaves, cuya custodia le estaba confiada.

Pasó una hora poco más ó menos sin que el menor murmullo turbase el silencio que reinaba en la casa del anciano, hasta que se dejó escuchar de pronto un ligero rechinamiento en el cuarto ; abrióse la puerta de que ya hemos hablado, y crujieron sucesivamente los tres escalones de madera bajo los pies de Perrinet, que bajaba de puntillas y conteniendo el aliento. Cuando sintió el chasquido que había dado la madera, se detuvo un instante para escuchar. Ningún rumor le dió á entender que había sido oído. Entonces se acercó muy paso á paso hacia la estancia de su padre, limpiándose la frente con la mano. La puerta estaba entornada, por lo que la empujó con tiento.

Ardía sobre la chimenea la linterna que servía al anciano, cuando se veía obligado á levantarse á deshora para abrir á algún paisano descarriado, y su pálida luz despedía la claridad suficiente para que si se despertaba el antiguo regidor pudiese echar de ver que no estaba solo en su cuarto ; pero Leclerc no se resolvió á apagarla por miedo de que si tropezaba en la obscuridad con algún mueble,

despertase el ruido á su padre ; por lo mismo prefirió dejarla encendida.

Terrible espectáculo era ver á aquel joven con los cabellos erizados, la frente empapada en sudor y la mano izquierda apoyada en el puño de su daga, sosteniéndose con la derecha en la pared, deteniéndose á cada paso para sentar la punta del pie de modo que no crujiese el piso, acercándose lenta y sutilmente hacia aquella cama, de la que no apartaba ni un minuto la vista, describiendo para llegar hasta ella una línea circular como la del tigre, y estremeciéndose al ruido de las palpitations de su corazón, que alternaban con el resuello abandonado del anciano. Una sola cortina descorrida casi del todo, era lo único que le ocultaba el rostro de su padre ; dió algunos pasos más, extendió la mano, la apoyó sobre la columna de la cama, detúvose un instante para respirar, y encogiéndose todo á expensas de la rigidez de sus corvas, deslizó bajo la almohada su mano húmeda y trémula, fué adelantándola línea por línea, reprimiendo la respiración, y sin sentir los dolores que atormentaban sus miembros á consecuencia de aquella posición forzada, porque tenía ante sí la horrible idea de que un movimiento, un suspiro de parte del padre, hacia del hijo un parricida.

Sintió por último el frío del hierro y sus dedos crispados tocaron las llaves ; pasólos uno por uno en el anillo que servía para llevarlas unidas, las tiró poco á poco hacia sí, las recibió con la otra mano y las apretó con ella de tal modo, que fuese imposible el más ligero rechinamiento. En seguida, tomando las mismas precauciones que cuando entró, se dirigió hacia la salida, poseedor del tesoro que debía asegurar su venganza.

Flaqueáronle las piernas en la puerta de la calle cayó sobre las gradas de la escalera que conducía á la muralla. Haría que estaba allí algunos minutos, cuando el reloj del convento de Franciscanos dió las once.

Perrinet se enderezó á la última campanada. El señor de Ile-Adam y sus quinientos hombres debían estar á algunos pasos tan solo de la muralla.

Leclere subió á la escalera como el relámpago, y cuando llegó á lo alto oyó un ruido de caballos que se acercaba hacia aquel lado : el ruido venía de la ciudad.

— ¡ Quién vive ! gritó el centinela.

— ¡ Ronda de noche ! contestó la voz áspera del condestable.

Perrinet se echó boca abajo en el suelo y la patrulla pasó á dos toesas de él ; relevaron al

centinela dejando otro en su lugar: la patrulla siguió adelante.

Arrastróse Perrinet como una serpiente hacia la mitad de la línea que el centinela describía en su paseo, y cuando éste llegó á su lado se enderezó de repente, y antes que tuviese tiempo de defenderse ni de dar un solo grito, le clavó la daga hasta la empuñadura en la garganta. El soldado cayó sin lanzar un solo gemido.

Perrinet cogió el cadaver por los brazos, le llevó arrastrando hasta un sitio en que la misma sombra de la puerta aumentaba la obscuridad, y poniéndose su casco y agarrando su propia parte sana, para que le tomasen por el centinela, se acercó al borde de la muralla; fijó largo tiempo sus miradas en la llanura, y luego que sus ojos se habituaron á la obscuridad, creyó divisar una línea oscura y compacta que se acercaba en silencio.

Perrinet arrimó ambas manos á la boca é imitó el canto del buho. Un sonido igual le contestó desde la esplanada: era la seña convenida.

Bajó y abrió la puerta. Un hombre estaba ya echado de bruces contra una de las hojas por la parte de afuera: era sire Ile-Adam, cuya impaciencia le había hecho acercarse antes que los otros.

— Bueno, veo que eres fiel, le dijo en voz baja.

— ¿Y vuestra gente?

— Aquí está.

En efecto, la columna, mandada por el señor de Chevreuse, sire de Ferry de Mailly y el conde Lionel de Bournonville, apareció en la esquina de la última casa del arrabal de San Germán, introdujo su cabeza bajo el rastrillo levantado, y como una gran serpiente se deslizó por aquella abertura en lo interior de la ciudad. Luego que hubo pasado volvió á cerrar la puerta Perrinet, subió á la muralla y arrojó las llaves á los fosos llenos de agua.

— ¿De dónde vienes? le dijo Ile-Adam.

— Vengo de quitaros la posibilidad de mirar atrás, le contestó él.

— Adelante, pues, repuso éste.

— Ahí tenéis vuestro camino, añadió Leclerc señalándole la calle del Pavo-Real.

— ¿Y tú?

— Yo... me voy por otro.

— Y se precipitó hacia la calle de Franciscanos, llegó al puente de Nuestra Señora, atravesó el río, volvió á bajar por la calle San Honorato hasta el palacio de Armañac, y se escondió detrás de la

esquina de una tapia, donde permaneció inmóvil como una estatua de piedra.

Entretanto Ile-Adam consiguió llegar hasta el río, en cuya dirección subió hacia el Chatelet, y luego que llegó allí, dividió su escasa fuerza en cuatro partidas: la una, mandada por el señor de Chevreuse, se dirigió hacia el palacio del delfín, que vivía en la calle de la Verrerie: la segunda, guiada por Ferry de Mailly, bajó por la calle de San-Honorato para acometer el palacio de Armañac y sorprender al condestable, que Ile-Adam había mandado le trajesen vivo, bajo pena de muerte: la tercera, á las órdenes del mismo Ile-Adam, se encaminó hacia el palacio de San Pablo, donde estaba el rey: la cuarta, que tenía por jefe á Lionel de Bournonville, permaneció en la plaza del Chatelet para poder prestar socorro á cualquiera de las otras tres que lo necesitase. Todos gritaban: ¡ Virgen de la Paz! ¡ viva el rey! ¡ viva Borgoña! ¡ que se una y nos siga todo el que quiera paz!

Á los gritos se iban abriendo las ventanas que correspondían á las calles por donde pasaban; dibujábanse en la sombra rostros espantados y medrosos que escuchaban el vocingileo, y cuando reconocían los colores y la cruz de Borgoña, prorrumpían en los gritos de ¡ mueran los armañacs! ¡ vivan

os borgoñones! Pueblo, artesanos, estudiantes, bajaban corriendo armados á la calle y seguían en tropel alguna de las bandas.

Gran imprudencia fué por cierto, por parte de los jefes que les mandaban, armar aquel alboroto antes de tiempo, porque fué causa de que se les escapara el prisionero de más importancia entre cuantos pensaban hacer. Tanneguy Duchatel corrió al primer murmullo á la cámara del delfín, echó al suelo cuanto le estorbaba el peso, penetró en la estancia en que se había recogido y hallóle recostado sobre el codo en la almohada, escuchando el rumor que llegaba hasta allí: entonces sin perder un minuto, sin contestar á sus preguntas, le envolvió con la cubierta de la cama, se le echó sobre sus robustos hombros, ni más ni menos que pudiera hacer una nodriza con un niño, y le sacó fuera de allí. Roberto Massón, su canciller, le había aprestado un caballo; subió en él rápidamente, y diez minutos después la inexpugnable Bastilla abrió sus puertas para ellos, y las volvió á cerrar dando asilo entre sus fuertes murallas al único heredero de la antigua monarquía francesa.

Ferry de Mailly, que se encaminaba al palacio de Armañac, no fué más feliz que el señor de Chevreuse: el condestable, que, como ya hemos dicho,

hacía su ronda á la cabeza de algunos hombres, oyó los gritos de los Borgoñones, y en vez de volverse á su casa, después de haber visto que era inútil toda defensa, pensó en su vida. Se refugió en casa de un pobre albañil, le confesó quién era, y le prometió una recompensa proporcionada al servicio que exigía de él: el hombre le escondió y juró guardar secreto.

La partida que creía sorprenderle se acercó al palacio de Armañac, puso gente en todas sus salidas y empezó á echar abajo la puerta principal. En el instante que ésta cedió á los golpes, vióse salir un hombre de la pared de enfrente, el cual separó á la gente y se precipitó el primero en el palacio: Ferry de Mailly fué el segundo que entró.

Durante este tiempo, el señor de Ile-Adam, más dichoso que los demás, embestía al palacio de San Pablo, y después de una lucha de pocos momentos con los guardias, penetró en lo interior de las cámaras y llegó hasta la del rey. El pobre y anciano monarca, de quien se burlaban hasta sus criados, que ya hacía algún tiempo no obedecían sus órdenes, parecía que aquella noche había sido completamente olvidado por ellos; una moribunda lámpara alumbraba escasamente la estancia; unos cuantos tizones, consumidos casi del todo, y que no

bastaban ni con mucho á templar el frío y la humedad de aquel vasto salón, ocupaban un rincón del *hogar* de una gran chimenea gótica; sobre un taburete de madera tiritaba un anciano medio desnudo.

Aquel era el rey de Francia.

Ile-Adam se precipitó en la cámara, fué derecho á la cama, que encontró vacía, y volviéndose advirtió en el anciano monarca, que estaba juntando los carbones medio apagados con sus manos trémulas y rugosas.

Acercóse respetuosamente al rey, y le saludó en nombre del duque de Borgoña.

El rey se volvió sin apartar las manos que tenía extendidas hacia el fuego, miró indiferentemente al que le hablaba, y preguntó:

— ¿Cómo está mi primo de Borgoña? Hace mucho tiempo que no le he visto.

— El duque, señor, me envía á vos para poner un término á las calamidades que destruyen vuestro reino.

El rey se volvió hacia el fuego sin responder.

— Señor, añadió Ile-Adam, que vió que en aquel momento de demencia el rey no podía ni quería comprender las razones políticas que iba á manifestarle; señor, el duque de Borgoña os suplica que

montéis á caballo y salgáis al lado mío por las calles de la capital.

Carlos VI se levantó maquinalmente, se apoyó en el brazo de Ile-Adam y le siguió sin la menor oposición, porque aquel infeliz príncipe no conservaba ya ni memoria ni razón. Poco le importaba á él lo que se mandaba á nombre suyo, ni en manos de quién caía. Ni menos se acordaba ya de lo que era Armañac ó Borgoñón.

Ile-Adam se encaminó hacia el Chatelet con su presa. Estaba persuadido que la presencia del monarca entre los borgoñones sería una especie de aprobación real hacia todo lo que iba á pasar; dejó su prisionero en manos de Lionel de Bournonville y le encargó que observase con él una extrema vigilancia y los mayores miramientos.

Satisfecha esta medida política, tomó á galope la calle de San Honorato, y bajó hasta la puerta del palacio de Armañac, dentro del cual no se oían más que voces y blasfemias. Lanzóse á la escalera con tal ímpetu, que tropezó rudamente con un hombre que bajaba, y ambos hubieron de agarrarse uno á otro para no venir al suelo. En este movimiento se reconocieron.

— ¿Dónde está el condestable? dijo Ile-Adam.

— Le ando buscando, contestó Perrinet Leclerc.

— ¡Maldito sea Ferry de Mailly que le ha dejado escapar!

— No tiene él la culpa: el condestable no ha vuelto esta noche.

Y ambos se precipitaron fuera como dos locos, tomando cada cual por su lado la primera calle que se les presentó.

Entretanto se hacía en París por todas partes una carnicería horrorosa. No se oían más que los gritos de *¡ Mueran, mueran los armañacs, á degüello, á degüello todos!* Bandadas de estudiantes, artesanos y carniceros recorrían las calles, echando abajo las puertas y casas de los que sabían que eran partidarios del condestable, y haciendo pedazos á los infelices á fuerza de hachazos y estocadas. Turbas de mujeres y niños acababan con puñales y cuchillos á los que respiraban aun.

El pueblo nombró preboste de París, al punto que se vió libre del yugo del condestable, á Vaux de Bar en lugar de Duchatel. El bisoño magistrado, viendo á la gente desenfrenada y furiosa, no se atrevió á oponerle resistencia; y mirando aquel horrible desastre, decía á los amotinados: Amigos, haced lo que queráis. Así fué que á las pocas horas París ofrecía el aspecto de una carnicería.

Habíanse refugiado los armañacs en el interior

de la iglesia del priorato de San Eloy, pero unos cuantos borgoñones descubrieron el asilo y se lo avisaron á sus compañeros. En vano salió hasta la puerta para protegerlos sire de Villete, abad de San Dionisio, revestido con sus hábitos sacerdotales y con la sagrada forma en la mano. Las hachas teñidas de sangre salpicaban su casulla y zumbaban ya alrededor de su cabeza, cuando llegó allí felizmente el señor de Chevreuse, que le acogió bajo su protección y le sacó de las manos de los amotinados. Su marcha fué la señal de una mortandad espantosa en lo interior de la iglesia; no se oían más que gritos y lamentos, no se veían más que las centellas que despedían las hachas y espadas: los muertos estaban hacinados en la nave, y de aquel montón de cadáveres caía de arriba abajo, como el manantial de una montaña, un arroyo de sangre que se componía de infinitos regueros.

Ile-Adam, que pasaba por allí justamente en aquel momento, oyó las vociferaciones, y metiendo espuelas hizo entrar el caballo bajo la portada.

— ¡ Bueno ! dijo viéndolos ciegos en la matanza ; ¡ así me gusta ; eso se llama ser buenos carniceros ! Chicos, ¿ no habéis visto al condestable ?

— ¡ No, no ! contestaron veinte voces á la vez.

¡ No ! ¡ muera el condestable ! ¡ mueran los armañacs !

Y siguió el degüello.

Ile-Adam volvió grupa y fuése á buscar á su enemigo á otra parte.

En la torre de palacio pasaba una escena del mismo género. Habíanse refugiado en ella hasta un centenar de hombres y se defendían como desesperados. En medio de ellos estaban, con el crucifijo en la mano, los obispos de Coutances, de Bayeux, de Senlis y de Saintes : el asalto no duró más que un instante. Los borgoñones escalaron la torre, á pesar de la lluvia de piedras que caía sobre ellos, y luego que fueron dueños del palacio, pasaron á cuchillo á cuantos en él estaban encerrados.

Un hombre más pálido, más desalentado y más cubierto de sudor que todos los demás, se precipitó en medio de los combatientes en lo más sangriento de aquel trance.

— El condestable, preguntó : ¿ está aquí el condestable ?

— No, contestaron en tropel los borgoñones.

— ¿ Dónde está ?

— No se sabe, compadre Leclerc : el capitán Ile-Adam ha dado por orden que el que descubra dónde

está escondido, tendrá por premio mil escudos de oro.

Perrinet no escuchó más; saltó á una de las escalas arrimadas á la pared, deslizóse por ella y se encontró en la calle.

En el claústro de San-Honorato, fué sorprendida una partida de ballesteros genoveses; habíanse rendido bajo promesa de que sus vidas serían respetadas, y no obstante, los pasaron á cuchillo después que los vieron desarmados: los infelices eran degollados, á pesar de que pedían perdón de rodillas; parecía que sus enemigos se disputaban por cuál le descargaría más golpes. Empero dos hombres que llevaban una tea en la mano, se contentaban con arrancarles los cascós y examinarlos uno por uno, con la prolija minuciosidad de hombres sedientos de venganza, dejando á los que venían detrás el trabajo de matarlos. Encontráronse los dos frente á frente en medio del tropel, y se reconocieron.

— ¿Y el condestable? dijo Ile-Adam.

— Le ando buscando, contestó Perrinet.

— ¡ Señor Leclerc! gritó al mismo tiempo una voz.

Perrinet volvió la cabeza, y conoció al que le dirigía la palabra.

— ¡ Hola, Thiebert! le contestó; ¿ qué me quieres?

— Podéis decirme dónde encontraré al capitán Ile-Adam?

— Yo soy, contestó éste.

Entonces se acercó á él un hombre vestido con una ropilla toda manchada de yeso y cal.

— ¿ Es verdad, le dijo, que habéis prometido mil escudos de oro al que os entregue al condestable?

— Sí, repuso Ile-Adam.

— Pues venid á aprontármelos, continuó el albañil, y os diré el sitio donde está escondido.

— Apara en el mandil, dijo Ile-Adam; y le tiró varios puñados de monedas de oro. Ahora dime dónde está.

— En mi casa; venid conmigo.

Al propio tiempo oyeron una carcajada detrás de ellos: Ile-Adam se volvió para buscar á Perrinet Leclerc; ya había desaparecido.

— Vamos pronto, dijo el capitán; sígueme.

— Poco á poco, repuso Thiebert. Tenedme esa tea en tanto que cuento.

Ile-Adam, trémulo de ira é impaciencia, alumbró al albañil, que contó uno por uno hasta el último escudo; faltaban como unos cincuenta.

— Señor mío, esta no es la cuenta, dijo el hombre

Ile-Adam le echó en el mandil una cadena de oro que valía seiscientos escudos. Thiebert empezó á andar delante de él.

Un hombre les llevaba bastante distancia: era Perrinet Leclerc. Apenas hubo oído el ajuste de sangre que hacían Thiebert y el capitán, echó á correr fuera de sí con dirección á la casa del condestable, y detúvose delante de la puerta de Thiebert; estaba cerrada por dentro, pero su daga le prestó el mismo servicio que en la plaza de la Sorbonne, y abrió la puerta. En el mismo instante oyó ruido en el cuarto que estaba más adentro.

— ¿Quién está ahí?... preguntó.

— ¿ Sois vos, patrón? contestó en voz baja el condestable.

— Sí, repuso Leclerc; apagad la luz, porque andan registrando casas y puede hacernos mal tercio.

Y vió al través de las hendiduras que dejaban entre sí las tablas del tabique, que el condestable seguía su consejo.

— Ahora, abridme.

Entreabrióse la puerta, y Perrinet se lanzó sobre el condestable, que dió un grito: la daga de Leclerc acababa de atravesarle el hombro derecho.

Trabóse una lucha mortal entre aquellos dos hombres.

El condestable, que se creía en seguridad bajo la salvaguardia de la promesa de Thiebert, estaba desarmado y medio desnudo. Á pesar de tan notoria desventaja hubiera ahogado á Leclerc entre sus nervudos brazos, pero la herida le imposibilitaba el movimiento de uno de ellos; esto no obstante, abarcó al joven con el que le quedaba sano, apretóle fuertemente contra su pecho, y echando hacia él todo el peso de su cuerpo unido á su fuerza, se tiró al suelo, esperando sin duda hacerle trizas el cráneo contra el pavimento.

En efecto, así hubiera sucedido si Perrinet no hubiera ido á dar, afortunadamente para él, con un colchón que había tendido en el suelo para que sirviese de cama.

El condestable lanzó un segundo gemido más fuerte que el primero, Perrinet, que no había soltado la daga, acababa de escondérsela hasta la empuñadura en el brazo izquierdo.

Soltó entonces al joven, levantóse con gran dificultad y fué á caer dando tropezones sobre una mesa que estaba en medio del cuarto, perdiendo sangre y fuerzas por las dos heridas.

Perrinet se levantó también buscándole y llamándole. De repente apareció en la puerta un tercer

personaje con una tea en la mano y alumbró aquella escena.

Era Ile-Adam.

Perrinet se arrojó otra vez sobre el condestable.

— ¡ Detente !... gritó Ile-Adam; ¡ por tu vida, detente !

Y le cogió el brazo.

— Señor Ile-Adam, la vida de este hombre me pertenece, le dijo Leclerc; la reina me la ha dado; ahí tenéis su sello, dejadme.

Y diciendo esto, sacó un pergamino del pecho y se le enseñó al capitán.

El conde de Armañac, derribado sobre la mesa é imposibilitado de defenderse por sus heridas, miraba alternativamente á aquellos hombres; sus dos brazos caídos y atravesados chorreaban sangre.

— Está bien, dijo Ile-Adam, yo no quiero su vida: todo puede componerse.

— ¿ Palabra de caballero? interrogó Leclerc deteniéndole otra vez.

— ¡ Palabra de caballero! contestó él, pero tengo que cumplir un voto. Mírame hacer.

Leclerc se cruzó de brazos y se dispuso á mirar lo que iba á suceder. Ile-Adam sacó su estoque, abarcó con toda la mano el ancho de la hoja por el extremo, de modo que la punta no sobresaliese más

que como cosa de una pulgada desde el dedo pequeño, y se acercó al condestable.

Éste, conociendo que todo había acabado ya en este mundo para él, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y se puso á rezar.

— Condestable, le dijo Ile-Adam arrancándole la camisa que le tapaba el pecho, condestable, ¿ te acuerdas de un día en que juraste por Cristo y la Virgen no llevar la roja cruz de Borgoña mientras vivieses?

— Sí, contestó el condestable, y he cumplido mi juramento, porque voy á morir.

— Conde de Armañac, repuso Ile-Adam bajándose hacia él y rasgándole el pecho con la punta del estoque, de modo que le dejara trazada una cruz sangrienta, has mentido con toda la boca, porque has llevado antes de morir la cruz de Borgoña grabada en el pecho. Eres un caballero desleal y mal nacido, pues faltas á tu juramento, en tanto que yo he cumplido el mío.

El condestable no contestó más que con un suspiro. Ile-Adam volvió á envainar su espada.

— Esto es todo lo que yo quería de ti, añadió; muere ahora como un perjuro y villano. A ti te toca, Perrinet Leclerc.

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz :

— ¡ Perrinet Leclerc !

— Sí, dijo éste arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á expirar : sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por orden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento. Pues sabed que yo he hecho dos. El primero, condestable, era que sabrías á la hora de tu muerte que la reina Isabel de Baviera era la que te arrebatara París en cambio de la vida del caballero de Bourdon : ése está ya cumplido, puesto que lo sabes. El segundo, conde de Armañac, era que habías de morir al saberlo, y éste, añadió clavándole la daga en el corazón, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

XXI.

Maese Capeluche.

De este modo París, que había sido inexpugnable para el poderoso duque de Borgoña y su numeroso ejército, dió libre entrada, como una cortesana caprichosa, en la obscuridad y silencio de la noche, á un simple capitán al mando de setecientas lanzas. Los borgoñones se diseminaron por las antiquísimas callejuelas de la ciudad con la tea en una mano y el acero en la otra, apagando el fuego con sangre y secando la sangre con fuego.

Perrinet Leclerc, causa inmediata y oscura de aquel gran acontecimiento, después de haber sacado de él la parte que deseaba sacar, la vida del condestable, volvióse á confundir con el pueblo, en